Enrique Selva Roca de Togores
Epistolario de Ernesto Giménez Caballero a Miguel de Unamuno
Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo. LXXXIX, 2013, 263-282

EPISTOLARIO DE ERNESTO GIMÉNEZ CABALLERO A MIGUEL DE UNAMUNO[†]

Las cartas del «nieto del 98» en tres tiempos

En el archivo de la Casa Museo Unamuno, en Salamanca, se conservan diez cartas y tres tarjetas postales escritas por Ernesto Giménez Caballero a don Miguel. Todas ellas autógrafas, cubren un período que se extiende desde 1923, cuando el escritor madrileño acaba de publicar su primer libro, hasta la primavera de 1936, año en que se producirá, el mismo día de su término, la muerte de Unamuno. Con mucha probabilidad, la correspondencia debió ser más numerosa, pues las epístolas aparecen agrupadas en tres lapsos temporales muy concretos (1923, 1927-1928 y 1934-1936) dejando entre ellos considerables huecos. Por lo que respecta al escritor vasco, el profesor Laureano Robles, en el segundo volumen de su edición del *Espistolario inédito* de Miguel de Unamuno,[1] ha recogido cinco cartas a Giménez Caballero; la primera es una breve nota de 1923 y las cuatro restantes, todas de 1927, extensas epístolas remitidas desde su exilio de Hendaya. También en este caso la correspondencia debió de ser más amplia y parece casi milagroso que esa valiosa representación se salvase –ignoro por qué caminos– de la pérdida de buena parte del archivo particular de Gecé durante la guerra civil.

Con esta breve introducción, no pretendo otra cosa que situar en su contexto la relación entre ambos escritores que deja transparentar el epistolario y aclarar las principales referencias y alusiones que aparecen en las cartas de Giménez Caballero. Las transcribo a continuación en su integridad, respetando sus peculiares giros verbales (en dos escritores tan aficionados a jugar con

[*] Recibido: 27 de abril de 2013. Aceptado: 31 de octubre de 2013.

[†] Este epistolario se publica con la autorización expresa de la Casa Museo Unamuno, de la Universidad de Salamanca, en cuyos fondos consta con la signatura CMU/21,35. Expresamos nuestro agradecimiento a la directora de su Archivo-Biblioteca, doña Ana Chaguaceda Toledano, por facilitarnos el acceso a los documentos y su reproducción.

[1] Miguel de Unamuno, *Epistolario inédito. II (1915-1936)*, edición de Laureano Robles, Madrid, Espasa Calpe (Colección Austral), 1991, 360 págs.

el lenguaje), sin permitirme otros cambios que adaptar el texto a las normas actuales de acentuación, unificar los márgenes y poner en cursiva los subrayados y todas las referencias a títulos de publicaciones periódicas y libros.

*

Cuando Ernesto Giménez Caballero regresó de la guerra de Marruecos a finales de 1922, donde había participado como soldado de cuota, traía en su macuto el manuscrito de un libro primerizo que no tardó en imprimir con sus manos –pues había aprendido el oficio de tipógrafo– en la imprenta de su padre. Tituló la obra *Notas marruecas de un soldado*, realizó una corta tirada de 500 ejemplares y se apresuró a enviar los primeros a los intelectuales y periodistas más relevantes del país.[2] Estamos en febrero de 1923; no debe olvidarse que, por aquellos meses previos al golpe de Estado del general Primo de Rivera, la cuestión sobre las responsabilidades de la desastrosa guerra del Rif constituía el debate más palpitante de la opinión pública nacional.

Miguel de Unamuno se contó entre quienes primero recibieron el libro y lo acusaron con una carta generosa y llena de calor que no ha sido recuperada. En su contestación, Giménez Caballero, emocionado por el gesto, no dudaba en calificarle de «ideal para mí» y confesaba haber percibido en él «esa cosa fundamental, creadora, el entusiasmo, la excitación», frente a algún «luminar científico» que de tarde en tarde había visto en la Universidad. Un día después, el 20 de febrero, Unamuno le enviaba desde Salamanca un tarjetón que empezaba con estas confortadoras palabras: «Amigo mío: Sí, cuando un mozo hace, como usted, algo que vale la pena –y que promete más– hay que animarle y ayudarle.» Y le anunciaba la cita de un pasaje de la obra en un artículo, así como la llamada de atención de sus lectores sobre el libro (*Epistolario* II, 129).

En cartas posteriores, el joven Giménez Caballero insistiría en su deseo de acogerse «filialmente» a don Miguel. Y le pondría en conocimiento puntual de los avatares del proceso incoado por la jurisdicción militar a causa de las duras críticas vertidas sobre el comportamiento del ejército en la alicorta aventura imperialista africana. Nada más enterarse del procesamiento, a comienzos de abril de 1923 Unamuno publicaba en la revista *España* un artículo titulado «Cola de humo», del que extractamos sus líneas más significativas:

[2] El libro sería objeto de elogiosos y destacados comentarios en la prensa: Roberto Castrovido, «*Notas marruecas*. Un libro admirable de un soldado de cuota», *La Voz*, 27 de febrero de 1923; Eugenio d'Ors, «Palique», *Nuevo Mundo*, 9 de marzo de 1923; Indalecio Prieto, «Leyendo un libro. *Notas marruecas de un soldado*», *El Socialista*, 15 de marzo de 1923; E. Gómez de Baquero, «Literatura y milicia», *El Sol*, 21 de marzo de 1923; además del comentario de Unamuno que se cita a continuación.

> Ernesto Giménez Caballero, que sirvió de veras a España en Marruecos enterándose de lo que allí pasaba la sirvió después escribiendo y publicando sus *Notas marruecas de un soldado* del que se ha dado noticia en la prensa diaria. El libro tuvo el éxito que merecía. Y he aquí que se manda recoger, no sabemos por qué autoridad, de las librerías la edición cuando apenas quedaban ejemplares de ella, y se le procesa a su autor acusándole, según se nos dice, de insulto al Ejército y de... sedición. Es la locura que anda suelta.
>
> [...] Lo que hay es ironía, muy aguda ironía, que no llega al sarcasmo, y a la ironía es a lo que más le temen esos pobres espíritus que no saben defender su dignidad más que con actos de fuerza. La ironía es el ácido disolvente de nuestros presuntos héroes. […]
>
> Lo que acaso en el libro de Ernesto Giménez Caballero ha dolido más a «determinados elementos» es que hasta ahora la crítica, a las veces acerba y dura, de la campaña de Marruecos la habían hecho periodistas, respetuosos en el fondo del prestigio de las armas y ahora han empezado a hacerla los que han sufrido ese prestigio. El autor de las *Notas marruecas de un soldado* es una muestra de la mocedad española que está pasando por esa terrible escuela de la campaña de Marruecos. Hay que oírlos. En general no insultan ni injurian sino que se burlan. No ven tanto la tragedia como el sainete. Aparte las penalidades de la vida de campamento el servicio militar les parece algo ridículo. Cuentan y no acaban. Hablan más de inepcia que de inmoralidad. […]
>
> Hay en el libro […] un pasaje delicioso en que se narra una visita del jefe del tercio, un acabado peliculero, a sus chacales. Es una excelente pieza de ironía. El ex-candidato a Mussolini español aparece aquí *filmando* –peliculeando– un pasillo de entremés dinástico patriotero. Y se va en un pequeño Ford tras el que caracolea una cola de humo.
>
> Cola de humo quedará tras del reguero de sangre de la grotesca aventura de Marruecos.[3]

El epistolario de Giménez Caballero a Unamuno es el mejor testimonio de que disponemos para seguir pormenorizadamente los avatares de ese proceso, hasta su libre absolución en consejo de guerra al despuntar el otoño de 1923.

Otro interés añadido tienen las cartas de este año para desvelar un aspecto oscuro en la trayectoria literaria del joven escritor madrileño. Tras la publicación de *Notas marruecas* y mientras sufría las incomodidades e incertidumbres del desarrollo del proceso, escribió en Madrid una segunda obra, en la misma línea impresionista y crítica. La tituló *El fermento* y su manuscrito se perdió, inédito, con la revolución de 1936. Pero si en su primera obra había enderezado las críticas hacia el estamento militar, con *El fermento* podría levantar marejadas en otro campo, como le indicaba en carta fechada en Madrid el 27 de junio de 1923, cuando el libro estaba casi acabado y se mos-

[3] Miguel de Unamuno, «Cola de humo». *España*, 364, 7 de abril de 1923, págs. 1-2, recogido en *Crónica política española (1915-1923)*, Salamanca, Almar, 1977, págs. 348-350.

traba dispuesto a ir a verle a Salamanca para hablar del mismo. ¿A qué campo se refería? Parece indudable que apuntaba hacia el mundo intelectual. Buen conocedor de la significación de Unamuno en la vida cultural española, no es casual que buscase en él al interlocutor propicio para someter a consulta esta obra donde pondría en solfa los afanes europeístas de los hombres de la generación del 14. Afanes en los que él mismo se había formado como buen catecúmeno. Por la carta fechada el 26 de noviembre –reintegrado ya a su puesto de lector en la Universidad de Estrasburgo– podemos establecer con precisión el contenido del libro. Allí, en la ciudad alsaciana, la vida transcurre lenta, correcta, con seguridad… «Este orden y este equilibrio –le escribe a Unamuno– siempre serán para nosotros, don Miguel, buenos iberos, queramos o no, una superstición, una ilusión. Una ilusión es ésta de recoger "el fermento" cultural de Europa para importarle [*sic*] a nuestra España.» Pues su generación, la de los jóvenes que estaban en la veintena luchando por abrirse un espacio en el mundo de la cultura, representaría ya «el estadio de sonreírse del "fermento" sin dejar de rendirle tributo.» De esa forma tomaba parte en el debate sobre la europeización de España, y al ironizar sobre sus «padres» intelectuales daba la razón implícitamente al «abuelo» Unamuno, sentando las bases de su enfática proclamación –una década después, en *Genio de España* (1932)– como aspirante con mayores derechos al título de «nieto del 98».[4]

*

Las cartas de 1927 y la postal de 1928 tienen un cariz muy diferente. Ernesto Giménez Caballero es ya uno de los más activos y ruidosos escritores de la joven promoción desde el apogeo de su etapa vanguardista y desde su mirador privilegiado de *La Gaceta Literaria*. Por su parte, Unamuno vive las horas amargas de su exilio en Hendaya, la ciudad francesa desde la que mantiene una tenaz y obsesiva pugna con la Dictadura de Primo de Rivera que lo había desterrado en 1924 a Fuerteventura. A Hendaya le llegan los números de *La Gaceta* y libros de Gecé como *Carteles* (donde figura el magnífico «cartel literario» realizado a propósito de la edición francesa de *La agonía del cristianismo*)[5] y *Los toros, las castañuelas y la Virgen*. El escritor vasco desconfía del vanguardismo y antes de recibir la revista recela sobre su posible significación: «... si no es más que literaria no lograría dar el más pequeño pábulo al fuego que me consume. Es como esas Literaturas de vanguardia que casi siem-

[4] «Los nietos del 98 (Notas a Unamuno)» titularía significativamente Giménez Caballero la primera parte de *Genio de España. Exaltaciones a una resurrección nacional y del mundo*, Madrid, Ediciones de «La Gaceta Literaria», 1932, págs. 13-68. Y si no duda en hacerse portavoz del «grito» inherente a la generación del 98, es porque él, como genuino «nieto», ve cómo vuelve a coincidir ese grito «con el ansia secreta inédita e intrahistórica del país.» (*Ibíd*., pág. 65).

[5] Gecé, *Carteles*, Madrid, Espasa-Calpe, 1927, pág. 295.

pre encubren políticas –santísima palabra que de la ética hace religión– de retaguardia», le escribe el 16 de marzo de 1927 (*Epistolario*, II, 214). Pero unos días después, el 28 de marzo, cuando ya ha recibido la publicación periódica, hace esta valoración positiva: «Es mejor que *Les Nouvelles Littéraires*, tiene más vida íntima y menos *letrería*. La he visto, la he gustado, pero en cuanto a escribir ahora en ella no debe ser.» (*Epistolario* II, 215-216).

Es sabido que Unamuno se había impuesto la negativa a colaborar en ninguna publicación española mientras se mantuviese en el poder el dictador, sobre el que acumulará los dicterios más groseros. A propósito del citado libro de Giménez *Los toros...*, le escribe el 16 de marzo: «cerca de mi nombre empareja usted "Santa Teresa y Primo de Rivera". Lo cual ni en broma puede pasar. Blasfemias, no ¿eh? blasfemias, no! Junto al nombre de aquella santa mujer no se puede poner el de ese vil verraco, resumen de la envidia frailuno-castrense. Bromas así, no, no, no y no!»[6] La ferocidad de sus ataques se hará extensiva a quienes, como Ramiro de Maeztu, colaboran abiertamente con el régimen. Si en la carta del 16 de marzo le había defendido («¿qué mal le ha hecho a usted el pobre Maeztu para que, aparentando estimarle le maltrate usted como le maltrata?»), en la del 28 de marzo no lo salva de sus invectivas:

> Y ahora vengamos al pobre enfermo Maeztu […] fascinado por el grosero, rapaz, ruin y cobarde capitán Troncoso, el de la vergonzosa cruzada, el del desquite de lo de Annual. Sí, es posible que su alma sea, como usted dice, alma de vasco, desinteresada, bronca, romántica… no lo sé… es posible –no lo creo– que haya que optar entre el bolchevismo y el fajismo, pero la realidad son personas y cosas concretas y aun creyendo hoy en España que la salud de los principios de la civilización esté en el fajismo no se puede ir a asistir al Primo y al M. Anido y menos ir a la ciénaga de *La Nación* donde vierte baba el Delgado Barreto chantajista y bandolero de profesión.
>
> En otro orden de cosas decir que el liberalismo ha desaparecido es o ignorar lo que es el liberalismo o jugar con las palabras.[7]

El interés de Giménez Caballero de incluir algún escrito suyo en su periódico de las letras y la obstinada voluntad del exiliado de no transigir

---

[6] *Epistolario* II, págs. 212-213. En efecto, Giménez Caballero había escrito en ese libro:

«Una explicación parcial, pero suficiente, del movimiento dictatorial y antiparlamentario de hoy, se encontraría en aquel de ayer de la contrarreforma.

»Para mí hay tanta cercanía entre Valdés, Francisco de Encinas, Malara, Cervantes -y-*Azorín*, Unamuno Maeztu, Baroja, como entre Santa Teresa y Primo de Rivera; entre el Concilio de Trento y la Asamblea Consultiva (salvando lo salvable).» (*Los toros, las castañuelas y la Virgen*, Madrid, Caro Raggio, 1927, págs. 108-109).

[7] *Epistolario* II, págs. 216-217. La referencia de Unamuno a Maeztu la suscita la lectura de la entrevista de E. Giménez Caballero, «Conversación con una camisa negra», aparecida en *La Gaceta Literaria*, 4, 15 de febrero de 1927, pág. 1.

mientras subsistiesen las circunstancias políticas excepcionales del país explican los choques producidos entre ambos en torno a la conmemoración del centenario de Góngora y a una subasta de manuscritos organizada por *La Gaceta Literaria*.

> No tienen ustedes, creo, derecho alguno –escribe indignado a propósito del primer incidente, el 4 de junio– a faltarme al respeto y hasta a ofenderme publicando una carta mía que les consta que no destiné a publicidad. Saben de sobra que no consiento en que se someta ni una línea de mis escritos, por inocente que sea, a la censura de la tiranía. Y, además, de esa carta se ha quitado el final, y esto es más grave aún. [...] Lo menos que puedo pedir de los que se dicen mis amigos es que me respeten en el sacrificio que me he impuesto. No llego a pedirles que me imiten.

Ánimo atrabiliario que no le impide terminar la carta con un «A pesar de todo su amigo» (*Epistolario* II, pág. 223). Sobre el incidente de la venta del manuscrito, resuelto amistosamente, no estimo necesario proporcionar información adicional alguna a la aportada en la carta correspondiente de Gecé.

Por debajo de estas escaramuzas literarias late una profunda incomprensión ideológica. A Unamuno le resultaba inconcebible que la juventud intelectual española no se rebelase, siguiendo su ejemplo, frente al régimen dictatorial. En la última carta que se ha conservado del catedrático de Salamanca al director de *La Gaceta Literaria* –de 28 de agosto de 1927– su párrafo final es bien expresivo: «Aquí me tiene usted esperando; esperando a que esa pobre mocedad española se sacuda la herencia de pordiosería y sienta la dignidad humana y el sonrojo de soportar como gobernantes a unos criminales vulgares merecedores de grillete.» (*Epistolario* II, 229). Frente al liberalismo individualista y radical de Unamuno, el vanguardista Giménez Caballero hacía alarde de estridente futurismo y vislumbraba, vestido con su mono de trabajo entre los obreros de su imprenta y las sirenas de las fábricas, la aurora de un mundo donde «tendrán gran totalidad estos hombres que hacen sudar las máquinas en torno mío», como le escribía, no sin arrogancia, en la carta de 30 de septiembre de 1927.

Y no sólo eso. Un año después, en una tarjeta postal remitida desde Berlín, en plena gira de conferencias europeas, cuando Giménez Caballero ha dado ya el salto hacia el fascismo (el «fajismo», en el lenguaje unamuniano), pretende relacionar la ideología abrazada entusiásticamente con la «esencia antimoderna» del pensamiento de Unamuno. Aspecto que desarrollará por extenso en su «Carta a un compañero de la Joven España», publicada en *La Gaceta Literaria* el 15 de febrero de 1929 a la vez que como prólogo a su traducción de varios textos Curzio Malaparte, agrupados –y no es casual– bajo el título tan unamuniano de *En torno al casticismo de Italia*.[8] Desconocemos

[8] Curzio Malaparte, *En torno al casticismo de Italia*, prólogo y traducción de E. Giménez Caballero, Madrid, Rafael Caro Raggio editor, 1929, XXVII, 159 págs.

la reacción del aludido ante semejante paralelismo; en todo caso debió de oscilar entre la sonrisa complaciente por lo atrevido de la paradoja –él, que era supremo maestro en ese arte– y el puro y simple estupor.

Hizo falta que la Dictadura de Primo de Rivera cayese a comienzos de 1930, para que *La Gaceta Literaria* y su director, honrasen la figura ya patriarcal de Miguel de Unamuno. El 15 de marzo todo un número monográfico extraordinario, con firmas nacionales y extranjeras de primera magnitud, era dedicado al escritor vasco, regresado del exilio en olor de multitudes. Homenaje precedido por un escrito de ofrecimiento fechado el 19 de febrero de 1930 (conservado también en la Casa-Museo Unamuno) y firmado por un «grupo de universitarios y escritores», entre quienes se contaban, además de Giménez Caballero, y por este orden, Pedro Sainz Rodríguez, Pedro Salinas, José Bergamín, Rafael Marquina, Rafael Alberti, E. Salazar y Chapela, Jenaro Artiles, E. García Gómez, Antonio Marichalar, Jorge Guillén, R. Ledesma Ramos, Enrique Lafuente, Eugenio Montes y José Francisco Pastor.

*

1934, 1935 y 1936. Son las cartas finales, ya sin polémica alguna. Para entonces, el distanciamiento de Unamuno del rumbo de la República era ya muy notorio; y la tendencia en ambos escritores a ejercer de profetas de la catástrofe acaso contribuía también a acercarles. Pero no sólo eso. Giménez Caballero había pretendido trazar en esos años su propia trayectoria como «escritor nacional» siguiendo de cerca el ejemplo de Unamuno. Persuadido como él de su carácter misional, y siempre pronto a «darse en espectáculo», su irracionalismo como forma de afrontar la realidad tenía no pocos puntos en común con la actitud del rector de la Universidad de Salamanca, por mucho que les separase la edad, el temple moral y las conclusiones políticas. El escritor madrileño hubiera suscrito sin reservas los términos en que Unamuno se expresaba a José María Salaverría en carta de octubre de 1904:

> Yo mismo […] me he lanzado –y no sin éxito– a la conquista espiritual de España y de otras tierras, y no son ya pocos los espíritus en los que influyo en mucho o en poco, y aunque sólo sea para rechazar mis prédicas. Y lo que en esta lucha me sostiene, me anima y me vigoriza es el alma de mi casta, el alma de nuestra casta, el espíritu vascongado. En esto llego a las veces a cosas que parecerían a alguien delirios místicos, pero creo en un destino espiritual de nuestra raza –la raza de Iñigo de Loyola– y creo más y es que yo soy uno de los instrumentos de ese destino. (*Epistolario* I, 168).

También suscribiría la posición de Unamuno ante la complejidad de lo real y la forma de acceder a su conocimiento: «La realidad, la verdadera realidad –escribía Unamuno en fecha tan temprana como 1896–, es más sentida que concebida, se halla más en sentimientos que en ideas. Las fórmulas todas

científicas no son más que abstracciones, los hechos vivos y concretos son informulables en su totalidad y en la infinita trama que los integra.»[9] Adviértase la sintonía de esas palabras con las siguientes de Gecé: «La definición es siempre un verbalismo que deja escapar la realidad, abstrayéndola. En cambio, la sugestión es siempre un método vivo de dar sentido a la realidad: de concretarla, de animarla», escribía en *Arte y Estado*. En *El Belén de Salzillo* se caracterizaba como «un *intuidor de sentidos* en los problemas.» Y en *La Nueva Catolicidad:* «Fundamentalmente soy un místico. Sólo creo en lo que me llega por vía visceral. El intelecto, como puro instrumento que es, trabaja, modifica y conforma esa materia prima genital y amorosa de la intuición, de la mirada poética y fecunda.» [10]

En las cartas de estos años, a esas derivaciones ideológicas se superponen las circunstancias personales. En el mismo año de 1934 don Miguel se jubila de su cátedra y sufre la pérdida de su mujer, Concha Lizárraga, el 15 de mayo, a consecuencia de una hemiplejía.[11] Apenas dos días después, Giménez Caballero le escribe una bella carta de pésame, donde relaciona la «agonía» del maestro con la que presiente sobre España. Después vendrán las oposiciones a la cátedra del Instituto Cardenal Cisneros, de Madrid, donde Unamuno, presidente del tribunal, le votará, a pesar de supuestas presiones recibidas para decantarse por otros destacados opositores.[12] Un gesto muy unamuniano. Conocemos la opinión directa e inmediata de Unamuno por la carta que escribe a su yerno, José María Quiroga Plá, mientras las oposiciones se están desarrollando, en diciembre de 1934:

> Las oposiciones me están dejando una buena impresión. El nivel medio ha subido. […] Se destacan Gili Gaya, Santa María, una señora Díez Jiménez (en el sexto mes del embarazo) muy resuelta, Lapesa y Giménez Caballero. Sobre todo éste que ha sido para mí –y eso que le conocía– una sorpresa. Muy ceñido, muy comprensivo y con una erudición que no le suponía. Al tratar de Ariosto, el Tasso y Camoens me dio la impresión de que los había leído directamente y en sus lenguas. El

[9] Miguel de Unamuno, «Realismo», *La lucha de clases*, Bilbao, 14 de noviembre de 1896, en *Obras Completas*, t. IX, Madrid, Escelicer, 1971, pág. 656.

[10] E. Giménez Caballero, *Arte y Estado* [1935], Madrid, Biblioteca Nueva, 2009, edición de E. Selva, pág. 247; *El Belén de Salzillo en Murcia*, Madrid, Ediciones de La Gaceta Literaria, 1934, pág. 109; *La Nueva Catolicidad. Teoría general sobre el Fascismo en Europa: en España*, Madrid, Ediciones de La Gaceta Literaria, 1933, pág. 11.

[11] Emilio Salcedo, *Vida de don Miguel*, 2ª ed., Salamanca, Anaya, 1970, pág. 374.

[12] Así lo contó el interesado en varias ocasiones. «Unamuno decidió el empate del Tribunal que presidía, votándome valientemente a pesar de las altísimas presiones que recibiera (don Niceto, don Ramón, Tormo…) para que diera la Cátedra a un Lapesa, a un Gil[i] y Gaya, contrincantes». Ernesto Giménez Caballero, *Memorias de un dictador*, Barcelona, Planeta, 1979, pág. 76. Ofrece más detalles en *Retratos españoles (bastante parecidos)*, Barcelona, Planeta, 1985, págs. 98 y 100.

> mozo no es simpático, pero está muy bien. Y es el que ve la historia literaria en más literaria. Es el menos américo castrense.[13]

En cuanto se incorpora a sus clases, Giménez Caballero, agradecido, le habla con entusiasmo de sus actividades docentes y sus planes pedagógicos. Le habla también –en carta sin fecha, pero datable en la primavera de 1935– de una excursión cultural a Salamanca con un grupo de alumnos y se hace eco del reciente conflicto entre don Miguel y los falangistas, después del intento de acercamiento de éstos con ocasión del mitin de José Antonio Primo de Rivera en la capital del Tormes, en el teatro Bretón, el 10 de febrero de 1935.[14] Y le comenta su propia situación en el movimiento fascista español: «Me he enterado de que alguien de Falange española le ha faltado al respeto. Tengo respecto a ese grupo y su Jefe, una posición muy especial. [...] Yo soy un predicador, y nada más.» Y la carta postrera, en marzo de 1936, con el agradecimiento renovado por haber hecho posible el ejercicio de una vocación, la de profesor, que le «enardece hasta el lirismo», y en la que se refugia para intentar olvidar «el rencor frenético de una España convulsa».

[**1**]

[Pliego de cuatro páginas manuscritas]

Madrid, 19 de febrero, 1923

Me dan ganas de empezar esta carta con un Querido don Miguel, casi filial. ¡Una carta como la que recibí de usted, tan generosa, tan paternal, y con esa cantidad de simpatía acogedora y noble que tan poco abunda en España, y, menos, en la gente de letras de España!

No. La idea que uno tenía formada de usted es exacta. Y si en algo se aparta quizá es en beneficio de la grandeza de usted.

Yo le ruego señor Unamuno, que no vea en estos modestos elogios otra cosa que el entusiasmo de ver acogido con calor –y algo más– por alguien como usted –al fin y al cabo, un ideal para mí– la primera obra de mi vida.

---

[13] La carta, fechada en Madrid el 23 de diciembre de 1934, está reproducida en facsímil y transcrita en Miguel de Unamuno y José María Quiroga Plá, *Un epistolario y diez "Hojas libres"*, edición de Rafael Martínez Nadal, Madrid, Editorial Casariego, 2001, págs. 284 y 285.

[14] En esa fecha, José Antonio Primo de Rivera se entrevistó con Unamuno en el despacho de éste, antes de participar en el mitin del teatro Bretón, con la presencia del dirigente falangista salmantino Francisco Bravo, periodista de *La Gaceta Regional*, y del escritor Rafael Sánchez Mazas. Unamuno tuvo la deferencia de asistir al mitin desde un palco. La negativa de Unamuno a ser asimilado políticamente al grupo político fascista ocasionó duros ataques a su persona, a los que debe referirse Giménez. Salcedo lo cuenta pormenorizadamente en *Vida de don Miguel*, *op. cit*., págs. 389-391.

Pues era absolutamente inédito. Y una obra donde puse todo mi ánimo, en las circunstancias accidentadas en que fue escrita.

Más tarde o más temprano, los que sentimos un poco de pasión por dentro, tenemos que ir a parar a usted como a la única antena acogedora.

¡Con qué gusto iré ahora a Salamanca algún día y le iré a estrechar la mano! En la antigüedad y modernamente en Alemania, estas peregrinaciones o esta busca del maestro son frecuentes. ¡Oh huerto de Epicuro! Y hogares de humanismo! Sí, don Miguel, con cuantos muchachos se le acerquen haga lo que conmigo. En las Universidades hemos visto, de tarde en tarde, algún luminar científico. Pero esa cosa fundamental, creadora, el entusiasmo, la excitación, eso no, nunca.

Le doy las gracias por su carta y por su ofrecimiento. Yo le ruego que cuando glose usted el libro, si es en algún lugar distinto de *El Liberal*, o *España* o *Nuevo Mundo* me lo diga usted. Comprenda usted la ilusión con que le pido esto.

Quedo suyo, don Miguel.

Ernesto Giménez Caballero

S/c Cañizares 3 duplicado.

[**2**]

[Pliego de cuatro páginas manuscritas]

Madrid 23 de marzo 1923.

Querido don Miguel:

Me dirijo de nuevo a usted. Primero para enviarle mi modesta felicitación por su campaña asturiana.

Luego para acogerme a usted filialmente, y algo más. Quiero hacerle a usted conocedor de que he sido procesado. Y que en estos momentos se recoge la edición de mi libro por las librerías. Afortunadamente no quedaban apenas ejemplares. Estoy preparando la segunda edición que no echaré a la calle en tanto no tenga seguridad de que ha de correr con libertad.

Hasta mañana que tengo que declarar no sabré bien lo que se me imputa. Pero por confidencias particulares se me acusa de insulto a Cuerpo del ejército y de sedición. Son delitos que me parecen absurdos. Yo no he insultado a nadie. Porque tomar el pelo no es insultar. Claro que un Juez Militar no hace esos distingos. En cuanto a la sedición me parece también una majadería. Yo doy una voz, pero a la gente paisana, «civil», a los que ahora entramos por las puertas de la vida ciudadana, los que votaremos o votamos enseguida. Y esa voz es de ayudar al resto del país en la tarea que se ha impuesto.

Todo esto se lo pongo en su conocimiento, don Miguel, por si tiene usted que alzar su puño por mí. ¡De modo que las responsabilidades se las vienen

a exigir a una víctima de los que las debían asumir y que andan tranquilos por la calle!

Y, ahora, antes de la despedida, mi gratitud, mi orgullo y mi reconocimiento por sus Comentarios a mi libro.

Y si lo admite usted un fuerte abrazo de su amigo
Ernesto Giménez Caballero

S/c Cañizares 3 duplicado.

[**3**]

[Pliego de cuatro páginas manuscritas]

Madrid – 11-IV-1923

Querido don Miguel: Sólo quiero ponerle hoy unas letras, y sencillas –¿qué otra cosa iba actualmente a utilizar?– para darle las gracias más sinceras y, si usted me lo permite, un abrazo filial, muy fuerte, por su artículo de *España*, por su generosidad y su atención y por toda la nobleza con que me viene tratando. Como un deber me creo en el caso de irle comunicando los trámites de mi proceso. En este momento estoy en un compás de espera.

He utilizado el derecho de solicitar la revocación del auto contra mí. No sé si se me otorgará o la causa irá a plenario. Y si los militares, como ya alguien me ha dicho, los militares del Consejo Supremo, comiencen a castigar a los civiles que han atacado a los pobrecitos que van a gemir en las doradas prisiones.

Don Miguel: Hay que levantar la voz ahora muy alto. Estamos empezando a asistir a algo vergonzoso y trágico. La gente comienza a darse por satisfecha y convencida, con el gran «rigor militar» como Maeztu decía en un artículo... irritante. (Maeztu con su «principio de función» va a restablecer hasta el Santo Oficio).

Los militares creen que porque metan en unas habitaciones a unos cuantos estrellados, y enseñen en Retamares las últimas compras de material a los profesores de la Central (según invitación que ha recibido Américo Castro y otros) ya está todo salvado, ya el Ejército está regenerado, ya no se seguirán haciendo disparates en África, ni robando la intendencia, ni aumentando la oficialidad aterradoramente. Esto de ahora, esto que se da como un alto gesto de dignidad, es el ademán del que se agarra a la única tabla que quedaba; es un gesto biológico, nada más. Impresionables como somos, todos nos daremos por satisfechos y admirados. El ejército seguirá monstruoso, y, ahora fortalecido. El rey mejor salvaguardado. Y, en ciernes, cualquier otra guerra para desahogar tanto sable y tanto material.

Y no pasa esto solo. Todavía los militares tienen la insensatez de decir que ahora van por los responsables civiles, como si eso fuera cosa de los mili-

tares. Eso corresponde al país. A ellos no corresponde más que pegar dos tiros al que ha corrido frente al enemigo. Y no lo han hecho.

Me he extendido mucho, don Miguel. Perdóneme en gracias al arranque, al asco que siento.

Le abraza fuertemente su buen amigo
Ernesto Giménez Caballero

S/c Cañizares 3 dupl.

[**4**]

[Pliego de cuatro páginas manuscritas]

Madrid, 27. VI – 23

Sr. D. Miguel de Unamuno.

Mi querido amigo don Miguel:

Voy a hacerle un ruego muy importante para mí y muy sencillo para usted el atenderle. Enviarme a vuelta de correo unas líneas de su puño y letra, con fecha *6* o *7* de *diciembre de 1922* diciéndome haber recibido mi libro sobre Marruecos o que se lo han comprado a usted en Madrid y se lo han enviado. Se trata de poder demostrar, antes del sábado, con el concurso de libreros madrileños y con algunas cartas que constan en mi proceso, como la de usted (el nombre sólo claro está) – que mi primer libro fue publicado antes del 19 de diciembre. Como el proceso comenzó a incoarse el 19 de marzo habrán pasado más de tres meses, plazo en que prescribe el delito. Es la única tabla de salvación que a un leguleyo se le ha ocurrido momentos antes de trasponer yo la frontera, pues estaba avisado de que ya se iba a proceder a mi prisión preventiva por considerarme el fiscal incurso en una pena de prisión mayor o sea de 6 a 12 años.

Así que ahora, con la maleta hecha espero este intento de romper el cerco de mulos que me ha rodeado de un modo brutal y terco.

Adiós, don Miguel. En espera de este señalado favor me ofrezco nuevamente a usted para cuanto quiera y le estrecho la mano fuertemente.

Suyo
Ernesto Giménez Caballero

S/c Cañizares 3 dupdo.

N.B. – Ah! Don Miguel. Nada me dijeron de *El Liberal*. ¿Ven inconveniente? Dentro de poco quisiera consultar con usted sobre otro libro que tengo casi terminado pero que me parece pudiera levantar alguna otra marejada, aunque en distinto campo que el militar. Si estuviera usted este mes que viene en Salamanca yo iría a verle, don Miguel.

[**5**]

[Pliego de cuatro páginas manuscritas]

Estrasburgo. 26 - XI - 23.

Sr. Don Miguel de Unamuno.

Don Miguel: desde la hermosa y patética tierra alsaciana le dirijo a usted nuevamente mis letras. Son unas letras que le debía hace algún tiempo.

Con un muchacho amigo mío y de usted, creo, Antón Oneca, profesor de esa Universidad le mandé, con mi saludo, la noticia de que me había absuelto un Consejo de guerra, poco después del Consejo que absolvió a unos comunistas, recién subido el Directorio.

Mi absolución ha sido curiosa. Desde aquí me sonrío con ironía, sí, con ironía. Los militares españoles, sobre todo, son unos brutos. Me afirmo en ello. Como brutos suelen ser de una bondad y de una maldad elementales. Sólo así se explica que a un individuo que le han podido –¡ya lo creo!– meter varios años (18, fue la 1ª petición fiscal) en la cárcel, le hayan podido absolver. Aparte las conveniencias, yo hubiera preferido un castigo si era cierto que había delinquido. Pero somos inmorales para castigar y para perdonar. Hay pues, que enriquecer la amargura que es la planta que uno va viendo florecer, atónito, con una nueva experiencia. El resultado es la ironía, la sonrisa; y si aprieta mucho, el sarcasmo. Pero ahora no tengo –literariamente hablando– donde descargar esta secreción tan interna. Además estoy en un sitio que quiero yo creer sanatorio de estas cosas. Una de estas ciudades centroeuropeas donde la vida fluye como los ríos por los anchos y pulidos canales de estas mismas villas. Se vive correcta, lenta, seguramente. Este orden y este equilibrio siempre serán para nosotros, don Miguel, buenos iberos, queramos o no, una superstición, una ilusión. Una ilusión es quizá ésta de recoger «el fermento» cultural de Europa para importarle [*sic*] a nuestra España. Yo estoy en el plan de abeja. Modesto heredero de nuestros europeizantes que, desde Nebrija intentan renovarnos con la levadura ajena. Sin embargo, creo que mi generación representa ya el estadio de sonreírse del «fermento» sin dejar de rendirle tributo.

Yo tengo recogida esta sonrisa en un libro que dejé terminado en Madrid y que no publico por falta de editor; mejor dicho, por falta de ganas de implorar un editor. El otro libro me lo hice yo. Ahora estoy ausente de mi imprenta y no puedo confiarle [*sic*] a unos cajistas que no son editores.

Don Miguel: Es muy posible que usted necesite de mí para algo, aquí. Me ofrezco como antes y como siempre.

Antes de despedirme quisiera solicitar de usted algún donativo para la Biblioteca de español. Tenemos sus *Ensayos*, completos y *De mi país*. Me he sentido un poco sacerdote de la diosa España y trabajo también un poco por ella, en conferencias y en cursos. Quisiera dejar la biblioteca a mi cargo nutrida de Literatura española contemporánea. ¿Puede usted ayudarme en la tarea, don Miguel? ¿Es impertinente mi petición?

Con todo el afecto y con toda la devoción, queda muy suyo
Ernesto Giménez Caballero

Dirección. Lecteur d'Espagnol. Université. Strasbourg (Bas-Rhin).

[**6**]

[Tarjeta postal manuscrita]
[En el anverso: fotografía de la Universidad de Utrecht]

D. Miguel Unamuno
Universidad
Salamanca
(Spanje)

Utrecht – 31-XII-23

Don Miguel: Momentos antes de terminar este año en tierras de una gran melancolía para los españoles de hoy que –como yo– las recorren con atención, quiero dedicarle uno, escrito, de los numerosos recuerdos que he tenido para usted. Ya sabe que en la Universidad de Estrasburgo me tiene a su servicio.

Muy suyo
E. Giménez Caballero

[**7**]

[Pliego de cuatro páginas manuscritas]
[Membrete: *La Gaceta Literaria*
Ibérica-americana-internacional
Canarias 41 – Madrid]

30 de sepbre 27

Mi querido don Miguel:

Tiene usted razón: no entiendo de política, si entender de política es ese menudeo, esa escaramuza y boicotaje [*sic*] constante de los hechos de un gobierno cualquiera. Tal vez, entienda algún día.

Por ahora lo único que me parece digno y fervoroso es la antigua etapa que usted dejó atrás ya: amor desinteresado, historia por una hermandad peninsular (En cuanto a España.) Una universalidad de miras para resolver en último extremo cualquier conflicto. Por ejemplo: el amor y la familia y la posible vida futura de uno mismo. Finalmente: una gran piedad social por la *última clase*, este obrero en medio del cual le estoy a Vd. redactando esta car-

ta (yo mismo vestido de obrero, con mono azul) ahora a las 8 de la mañana, en este barrio internacional (el único internacional de Madrid) donde vivo. Sirena de fábrica y gente que come a las doce.

Tal vez, este ambiente lejano de la Puerta del Sol de la que tan cerca está Vd –me dará esa falta de eficacia sentimental para proponerme ciertas cuestiones bizantinas.

Sin embargo, la recaída de España en una época medieval la siento lo suficiente para contribuir con toda mi alma a que la recaída de usted en una época burguesa (liberal) le acompañe. (Procuro huir del adverbio y del adjetivo para no incurrir en su vejamen de retoricidad).

La historia se ve que es como los perros y no como la serpiente de Vico. Necesita andar y desandar lo andado para volverlo andar. Pero también noto que en este régimen bárbaro hay cierta *futuridad* o futurismo, que sin duda usted no ve. Una cercanía frente al mundo que nace, como diría Keyserling. Un día en que tendrán gran totalidad estos hombres que hacen sudar las máquinas en torno mío.

Pero dejemos esto, que le escribía para otra cosa más personal.

Su carta me daba un vago consentimiento a la venta de sus manuscritos. Yo de usted no tengo más que sus cartas. Y en perfecto derecho –más si son mías– he puesto a la venta una de ellas. Que ha sido adquirida por 1.000 francos. El comprador he sido yo mismo. Seguía estando en mi perfecto derecho. Y como las condiciones estipuladas en esa subasta son que el importe pasa al autor, esa cantidad le será pagada al finalizar este mes de octubre, o antes si usted me lo indica.

No me he atrevido a más cartas para los demás. Vi cómo tomó lo de Góngora y no quiero que vuelva a pensar malignamente de mí. (Malamente puede seguir pensando).

Le abraza su amigo leal
E. Giménez Caballero

[**8**]

[Tarjeta postal manuscrita]
[En el anverso: ilustración de G. García Maroto
para el prospecto de *La Gaceta Literaria*]

Sr. D. Miguel de Unamuno
Chez Olascoaga. Place de la Gare.
Hendaye
(Francia)

Hasta hace cuatro días no he visto su tarjeta que habían llevado al apartado de Correos, querido D. Miguel.

Me esperaba esa noble actitud. (Que ha sido tan noble como mi intención.) Es decir, más. Siempre es más generoso rehusar que ofrecer.

Un abrazo

E. Giménez Caballero

[**9**]

[Tarjeta postal manuscrita]
[En el anverso: fotografía de
«Kon. Ver. Kolonial Institut Amsterdam»]

Miguel de Unamuno
Place de la Gare. Chez Olascoaga
Hendaye

(Frankreich)

Berlín
5 - 6 – 28

Querido don Miguel: Me he encontrado con Vd. en Roma. Me he vuelto a encontrar en Berlín. Le espera a Vd. la sorpresa –¿sorpresa?– de una vuelta hacia Vd. de quien quiera seguirme. Tenía Vd. razón. Hablo de su esencia antimoderna, de su fascismo.

Le abraza

E. Giménez Caballero

[**10**]

[Una hoja manuscrita por ambas caras]

Madrid – 17 de mayo de 1934

Sr. D. Miguel de Unamuno
Salamanca

Querido don Miguel:

iba a escribirle –hace días– sobre un artículo suyo que me tocaba de cerca, la *Catolicidad*, cuando la noticia de su reciente desgracia me hace enderezar por otro sendero mi carta. Mi pésame y mi consolación, como rito social dudo que le valgan para nada. En cambio, quizá le distraiga un momento de su dolor el ver que yo pienso en él desde el único punto sincero que puedo yo pensarlo: el espiritual.

Usted, Unamuno, es de los raros escritores españoles que han hecho asomar a su literatura, con cierta frecuencia la imagen de su mujer. No en for-

ma de amada ideal y romántica, petrarquesca; sino como compañera suya y como madre de sus hijos.

En usted el sentido patriarcal de la vida –no sé si por su iberismo, su vasquismo, su castellanismo, o simplemente su buena salud– estuvo siempre muy desarrollado. Hasta el punto de que no se conformó con hacer hijos en vasta prole, hijos de su carne; sino también hijos de su espíritu, discípulos. Y –lo que es más asombroso, paternamente hablando– llegó usted a *filiar* toda una nación. A hacer a España, su hija.

Le visité en Salamanca a raíz de haber perdido una hija de su carne. ¿Recuerda? Con aquel griego amigo de Palamas. Ya entonces usted – daba a entender en sus escritos – que su hija de historia, España, estaba agonizando.

Ahora, cuando la *agonía* de su jubilación se cierne sobre un llegar próximo; la muerte de su compañera, que llega antes. Lo trágico de la vida debe alcanzar en usted –por estos días– un sentimiento indescriptible. Si usted fuese más portugués y menos cristiano no dudo de que se hubiese suicidado.

Pero su fuerza de cuerpo es grande. Y su ansia espiritual de perdurar, es aún mayor. Y veremos todos con estupor que usted sale más fuerte de todas estas tremendas y decisivas pruebas. Para ejemplo de una juventud española y nacional que es todavía débil, irresoluta y desvariada.

Pienso al pensar en usted – en Camoens el esforzado – a quien la vida le fue más dura e ingrata que a usted. O en el pobre Cervantes. Y que tuvieron una fortaleza sublime para resistir y sobrevivir en gloria.

No le envío ánimos porque los suyos son grandes. Sepa que siempre los admiró su amigo

E. Giménez Caballero

[**11**]

[Una hoja manuscrita por ambas caras]
[Membrete: dibujo de tres flechas anudadas]

Madrid 9 de marzo 1935

Sr. D. Miguel de Unamuno

Querido don Miguel:
espero ir en cuanto sea posible a saludarle y hablar con usted.

Apenas salió mi nombramiento me puse a dar clase. No he abandonado sin embargo el Instituto Cervantes donde estaba como auxiliar o encargado de Curso. En las horas libres que me deja Cisneros, voy allá, requerido por los chicos que me quieren mucho y me atienden dándome con ello la mejor satisfacción de mi vida de espíritu. Naturalmente, que ese doble servicio al Estado, lo hago gratis. No puede uno predicar el servir al Estado español y luego cobrar por vía doble, *servirse* del Estado.

Sentí no enfocar mi ejercicio pedagógico –aquel de la oposición– por el lado de la pedagogía como *inspiración*. Es un arte. Como hacer poemas o inter-

pretar melodías. Hay días, clases, que salen sin ímpetu poético. En cambio otras clases, otros días, se hace de los chicos una pura vibración armónica.

Tengo una clase de 200 muchachos. Me tengo que convertir casi en Orfeo, para reducirlos a atención.

Me preocupa el problema de los libros de enseñanza. Yo no he adoptado ninguno. Les hago cursos puramente míos. Uno –no de gramática– sino de lengua española. Ahora les estoy hablando de la lengua romántica en España, a través de Espronceda. Les gusta mucho, al respetable público. En vez de Preceptiva, les estoy explicando «Verso y Prosa en España» –histórica y genéricamente.

En fin – no quiero cansarlo. Ya le hablaré de esto y de otras cosas cuando le vea.

Le adjunto ese pequeño recuerdo al 98 que quizá no haya leído.

Saludos en su casa. Y el respeto y la gratitud de

E. Giménez Caballero

[**12**]

[Una hoja manuscrita]

[Membrete: dibujo vanguardista]

[Sin datar: 1935]

Querido don Miguel

el domingo voy a Salamanca. Llevaré conmigo un grupo de alumnos para enseñarles la ciudad.

Quisiera saludarle. En cuanto a hablarle largamente lo dejaré para ocasión de mayor espacio ya que pasaré ahí unas horas, el domingo.

Me he enterado que alguien de Falange española le ha faltado al respeto. Tengo respecto a ese grupo y su Jefe, una posición muy especial. De todos modos lamento tal sucedido. Como voy invitado por el grupo estudiantil salmantino adscrito a ese círculo de cosas, tal vez no tenga Vd. gusto en que le salude. Yo no quiero violentarle. Yo soy un predicador, y nada más.

Le abraza con gratitud y respeto

E. Giménez Caballero

Saludos a su hijo

Mañana sábado prepararé a mis chicos con unas diapositivas de Salamanca y unas explicaciones. He de proyectar su retrato. Y escucharán el disco impresionado con su voz.

[**13**]

[Tarjetón con reborde de luto
manuscrito por ambas caras]

Madrid 28 de marzo 36

Querido y admirado don Miguel:

hace tiempo que deseo verle. Espero que esto sea el mes que viene con mis chicos de 5º año, cuando les lleve a Salamanca. (¡Si para entonces ha dejado de llover!) Raro es el día que dejo de agradecerle infinitamente la felicidad que me dio al darme la cátedra.

Cada vez me entusiasma más. Y mi vocación por este oficio se me enardece hasta el lirismo.

Es mi centro. El adoctrinar adultos, hombres – desde periódicos y libros es ingrato y duro. Sólo se recogen tempestades, infamias y amarguras.

Con los muchachos, se recogen bendiciones, cariños y alegrías purísimas. Toda fe puesta en ellos resulta fértil.

Quiero hablarle de todo mi plan de cosas con ellos. Estoy la mar de orgulloso. Y creo que he de hacer en dos o tres años las primeras publicaciones eficaces para nuestros chicos españoles.

En estos instantes dramáticos y absurdos que vivimos me he encerrado en las lecciones, como en un éxtasis para olvidar lo que se empeña en no ser olvidado: el rencor frenético de una España convulsa.

Le abraza de todo corazón su amigo
E. Giménez Caballero

S/C
Canarias 45.

Y un epílogo con la guerra como fondo

El destino habría de reservar un triste final a esa relación. Por una fatal coincidencia, al incorporarse Giménez Caballero al territorio nacionalista tras varios meses de pesadilla en el Madrid revolucionario, acabaría recalando en Salamanca, y allí, el propio Franco, no sabiendo muy bien de qué forma utilizar los servicios de tan extravagante personaje, acabó por colocarlo bajo las órdenes del general Millán Astray en el rudimentario aparato de propaganda de su Cuartel General.[15] Se trataba del mutilado fundador de la Legión, sobre el que había ironizado el joven Giménez en su primer libro en

[15] Sobre las circunstancias de su incorporación a la zona nacionalista, véase Enrique Selva, *Ernesto Giménez Caballero. Entre la vanguardia y el fascismo*, Valencia, Pre-Textos, 2000, págs. 275 y ss.

un pasaje resaltado por Unamuno en su comentario de la revista *España*, y con quien el rector de la Universidad salmantina acababa de tener un violentísimo enfrentamiento en la conmemoración oficial de la «fiesta de la Raza» del 12 de octubre. El episodio es muy conocido;[16] a Unamuno, que había mostrado inicialmente su adhesión a la sublevación militar, le costó un semiconfinamiento en su domicilio, la destitución fulminante del rectorado vitalicio y, acaso, la misma la muerte.

Los dos últimos meses de 1936 Giménez Caballero y don Miguel residieron en la misma ciudad. Pero el primero, en una situación política precaria, readmitido con muchas reticencias en Falange, mal visto por los autoproclamados «auténticos» y, sobre todo, temeroso de contrariar el carácter irascible de su superior, nunca se atrevió a visitar al anciano poeta y pensador vasco, a quien tanto debía. Pusilanimidad que trataría de compensar con un artículo publicado en *La Gaceta Regional* de Salamanca tras producirse, en el último día de ese año trágico, la repentina muerte de Unamuno: «Por eso ha parecido simbólica esta desaparición del "abuelo" –crítico y agónico– frente a la irrupción de los "nietos" constructores, sin agonía, y ya sin temor a la muerte.» Era el corolario de una relación en muchos extremos ambivalente entre el discípulo y el maestro, artistas cada uno a su modo en el manejo de la paradoja y temperamentalmente propensos, los dos, a reaccionar en público bajo el signo de lo desconcertante. Una relación cuyo término se escribía con estas palabras apropiadoras: «Y por ese servicio al nombre espiritual de España en el mundo –debemos hoy levantar la mano ante su tumba de férreo combatiente, exclamando: Don Miguel de Unamuno, ahora que lo mejor de tu alma está "Presente" en España, ¡descansa en paz!»[17]

ENRIQUE SELVA ROCA DE TOGORES
(VALENCIA)

[16] Una versión muy plausible del incidente, apoyada en el testimonio de testigos presentes, en Emilio Salcedo, *op. cit.*, págs. 413-417.

[17] Ernesto Giménez Caballero, «En la muerte de D. Miguel de Unamuno», *La Gaceta Regional*, Salamanca, 2 de enero de 1937. El texto se publicó traducido al italiano como «La pace sia con Miguel de Unamuno», en *Quadrivio*, a. V, n. 12, 17 gennaio 1937. (Debo la información al investigador italiano doctor Sandro Borzoni).